

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIV

Agosto de 1947

Núm. 266

## Puntos de vista

### Vinculaciones culturales

*Las sociedades literarias de Santiago, que en cierto modo representan o tratan de representar el pensamiento directriz de la cultura chilena, se han venido preocupando en diversas oportunidades de obtener del Gobierno de la República, el nombramiento de hombres verdaderamente capacitados, especialmente artistas en todos los géneros, para desempeñar los cargos de adictos culturales en las embajadas que se mantienen en el exterior. Y ese deseo refleja la aspiración de que esos hombres vayan a los demás países que mantienen relaciones con el nuestro, a trabajar por que el espíritu de nuestra nacionalidad sea conocido y apreciado en toda su magnitud, creando de este modo sólidos vínculos que amplíen el horizonte de nuestra cultura.*

*Y esto tiene su explicación y su origen en un hecho concreto, hasta hoy no desmentido; y es que la diplomacia con sus métodos y fórmulas tradicionales, nunca ha logrado conseguir que los pueblos se conozcan, se entiendan y se estimen. Casi siempre esa estimación surgió de lo que pudo conocerse de una nacionalidad a través de sus artistas y de sus pensadores. Cada país tiene una sensibilidad, un carácter, una modalidad y una idiosincrasia racial y no es, precisamente, la diplomacia la que nos ayuda a conocer los vericuetos del alma humana, en sus relaciones favorables, sino la creación artística en todas sus infinitas manifestaciones. Porque detrás de las doctrinas pomposas y retóricas de los dirigentes políticos, hay una sensibilidad, hay una emoción, hay un proceso de*

variados matices en sus proyecciones humanas que es en el fondo lo que nos interesa, lo que nos provoca la simpatía o el afecto. La vida de un pueblo no está en ningún momento reflejada en la teatralidad aparatosa de un gobierno de facto o en la actitud que en un momento difícil de la política internacional puede adoptar un gobierno, cualquiera que sea su origen. Más allá de eso está el alma de una raza, está el pensamiento de sus hombres cultos y está por último la solidaridad humana, sin cuya permanente vibración ninguna sociedad podrá vivir en armonía a través del tiempo y del espacio. El juego de la política internacional no ha dado otra cosa que desdichas a la humanidad, y de este modo comprobamos que es fácil y agradable amar la Rusia de Tolstoi, la Francia de Maupassant, la Alemania de Goethe, la Italia de Leonardo o de D'Annunzio, antes que las de aquellos soberbios y jactanciosos señores que lanzaron a esos países a los campos de batalla, donde sus hombres se destrozaron como fieras, para que después del huracán de los odios ficticios y de las ruinas que dejó la metralla, sigan en pie los mismos problemas que engendró el torbellino suicida y catastrófico.

Hablar de estas cosas, en medio de un mundo escéptico, de un mundo que no cree en ninguna fórmula de sincero avenimiento, puede resultar no sólo anacrónico sino también pueril. Pero el hombre vive para encender cada día la antorcha de su íntima ilusión, pues de otro modo ya la condición humana habría perdido todo su alcance y significado. Sin embargo, es por medio del arte, por medio del culto a la belleza que crecen las simpatías hasta afianzarse en afectos. La civilización y la cultura no podrán morir mientras el hombre no haya traspasado los últimos límites de la soberbia y del egoísmo. La humanidad sufre las mismas conmociones misteriosas de la tierra y en su proceso telúrico se sacude y se contrae hasta volver a encontrar el equilibrio y la armonía.

Trataremos de no seguir divagando y en concreto diremos que en América hace falta que el artista sea reconocido por los gobiernos como un elemento que puede prestarle grandes servicios a la

causa de la fraternidad. Los agregados culturales bien situados, si obran con inteligencia, con tino y discreción, cosa a veces difícil en la desorbitada trayectoria del hombre de letras, que siempre cree encontrarse al borde de lo genial, puede dar frutos espléndidos si se le fija una obligación sujeta a un plan de trabajo regulado y dirigido por una mente que tenga los pies sólidamente apoyados en la tierra—vigilando que el artista no se escape a excursionar por la estratósfera—y le señale una labor precisa, concreta, noble y fructuosa, en aprecio y amistad de país a país.

Se haría un bien inmenso a la cultura y al efectivo conocimiento de la vida del hombre americano si, recíprocamente, se destacaran en los países del Continente a gente de letras, a artistas que en la prensa de la capital en donde estuvieran acreditados, hablaran de lo que es la literatura de su tierra, de cuáles son sus valores más altos, en el cuento, en la novela, la poesía o el ensayo. De quiénes son sus músicos, sus pintores, sus escultores. Que hablaran de las costumbres de las distintas regiones de su país, de sus leyendas, de sus diversas actividades, de sus industrias, del color y del sabor de lo más típico y representativo. Y esto distribuido con tino, en una conferencia, en un artículo, en un ensayo. Y aprovechando para ello la revista, el diario, el radio y todos los medios de comunicación que pone a nuestro alcance el progreso de hoy.

Ofrece, esta política, incalculables ventajas. Pero esta labor debería hacerse, aunque alguna vez no se vaya a los cock-tails, aunque no se aprenda a llevar el smocking con suprema elegancia. El material necesario podría proporcionarlo en nuestro país la Dirección General de Informaciones y Cultura. Y así, por ejemplo, cien hombres cultos comprarían un libro chileno en Argentina y en el Brasil, y otros tantos hombres cultos se interesarían por la pintura y por la música. Y todo en una política de generosa reciprocidad.

Esto daría horizontes, aire, luz, alegría al artista que con frecuencia mira de reojo al vecino, creyendo que éste le va a quitar

lo poquísimos que tiene. El ambiente estrecho crea pasiones absurdas, incomprendiones y recelos realmente reprochables en gente de calidad y sensibilidad superior. Como en la aldea, se comenta y se da pábulo al chisme sencillo y al embrollo, que rebaja la dignidad del artista. Acaso sea la angustia de cerebros que nacieron para vivir y sentir en toda su intensidad y amplitud el vuelo de sus sueños, maltratados por una sordidez social y económica, que marchita las más nobles y bellas ambiciones. Porque el artista necesita volar, surcar el espacio con las alas de su imaginación. Y muchas veces, como un águila encerrada en una miserable jaula, siente que el sueño de belleza creadora se le transmuta en violencia, en acritud, en deseos de devolver con un garrotazo el gesto más cordial y amistoso, en su impotencia de sentirse valorado y comprendido. En su desesperación de no poder castigar a aquellos que le infieren un agravio, al no apreciar el drama de una existencia martirizada por el alucinante problema de verse imposibilitado para realizar la obra, hacia la cual lo predisponen sus facultades. Son muchos los soñadores que se debaten en la telaraña de una idealidad opresora, viendo como el tiempo transcurre sin que se logre alcanzar una situación mediana, para respirar y darse al arte con la amplitud que quisieran.

El artista, en general, es un poco o un mucho inexperto para enfrentarse con la batalla de la vida. Al que demuestra vocación irremisible y calidad superior debiera ayudársele. Y una de las formas sería ésta de darle mayor opción a luchar un poco más de acuerdo con sus aptitudes y que sirviendo a su país, realice aquello que está vibrando en su corazón. Dejarlo solo y desamparado, cuando puede ser un elemento de efectivo beneficio en la cultura y en la vinculación fraterna de los hombres, significa además de crueldad, un desconocimiento trágico de las voces del espíritu.